

GAVIÑO RODRÍGUEZ, VICTORIANO
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

OPERACIONES METALINGÜÍSTICAS DEL MARCADOR DISCURSIVO *HOMBRE*

VICTORIANO GAVIÑO RODRÍGUEZ

Profesor Titular de Lengua Española en la Universidad de Cádiz. Su principal línea de investigación es la gramática del español, ámbito en el que ha publicado trabajos relacionados, fundamentalmente, con el estudio de la expresión de la finalidad, que fue el tema de su tesis doctoral, y otra serie de trabajos relacionados con el estudio de los marcadores del discurso desde la perspectiva de la enunciación. Ha realizado estancias investigadoras y docentes en numerosas universidades extranjeras y cuenta con una extensa trayectoria docente en el terreno de la enseñanza ELE y la formación de profesores. Actualmente es Coordinador del Módulo de Aplicación del Máster de Estudios Hispánicos de la Universidad de Cádiz y coordinador de un programa docente que la Universidad de Cádiz mantiene con la University of Washington, en el que también imparte clases.

RESUMEN

Este trabajo es un estudio de *hombre* como marcador del discurso en español en el que se lleva a cabo una revisión de las descripciones y clasificaciones que han sido propuestas en el ámbito de la lingüística para este elemento. De este modo, se pondrán de relieve algunos de los principales problemas que a menudo detectamos en las descripciones gramaticales y podremos ayudar en la delimitación de las relaciones (pero también de las fronteras) entre lengua y mundo en la descripción de *hombre* y otros elementos o la lucha por sobrepasar esa barrera descriptiva consistente en la mera enumeración de efectos expresivos contextuales, tarea sin duda ineficaz para comprender el verdadero funcionamiento de los marcadores discursivos y, en la mayoría de las ocasiones, apoyada en el análisis de la lengua por medio de su dimensión referencial. Si superamos estas barreras, seremos capaces de comprender las verdaderas operaciones de los marcadores discursivos en el proceso comunicativo, así como describir las funciones esenciales y sistemáticas que posibilitan sus distintas apariciones contextuales.

PALABRAS CLAVE: gramática, marcadores discursivos, operación metalingüística

ABSTRACT

This work is a study of *hombre* as a discourse marker in Spanish, as well as a revisitation of the descriptions and classifications that have here to been proposed. This is aimed at tackling some typical problems which are often to be detected in these grammatical descriptions. In particular, this work should help a) to clarify the relationships (and the clearcut differences) between language and the extralinguistic world within linguistic analysis of *hombre* and other elements, and b) to overcome the limits of language descriptions consisting in mere listings of expressive and contextual effects, which do not make it possible to understand the real metalinguistic operations underlying the use of the discourse markers. If we overcome these obstacles, we will be able to understand the real operations the various discourse markers account for in communication and their main essential functions, which will make the systematic description of the various contextual uses more accessible.

KEY WORDS: grammar, discourse markers, metalinguistic operation

Hoy día nadie duda de los avances que en los últimos años han logrado los estudios gramaticales en la descripción de los marcadores discursivos, propiciados, en gran medida, no tanto por el actual interés que los aspectos discursivos despiertan en los estudios lingüísticos, sino por la cada vez más demandada necesidad de incorporar estos contenidos en las programaciones actuales de enseñanza del español como segunda lengua. Conviene no olvidar que los marcadores del discurso, muy presentes en la manifestación lingüística, sirven en nuestras interacciones verbales de mecanismos para el establecimiento de muchas de las inferencias comunicativas que llevamos a cabo en nuestros actos de habla, por lo que el conocimiento y correcto uso de estas partículas es fundamental para la adquisición de las distintas destrezas y, en definitiva, de la competencia comunicativa en una lengua.

De entre los muchos marcadores discursivos de los que disponemos en nuestra lengua, el marcador *hombre* siempre ha despertado, por su frecuente uso en el habla cotidiana¹, especial interés entre los estudiantes de español que, a pesar de percibir su constante uso por parte de hablantes nativos en diferentes contextos, no logran sistematizar por sí mismos sus mecanismos de funcionamiento. Es en este punto en el que el profesor y las distintas informaciones explícitas o implícitas que puedan recibir los estudiantes a través de distintos manuales de enseñanza empiezan a jugar un papel elemental en el proceso de aprendizaje. Sin embargo, el problema habitual con que suele encontrarse el docente de español es que la información recogida en gramáticas y manuales con respecto al

¹ Hacemos alusión al registro coloquial como medio de comunicación informal, caracterizado por W. Beinhauer (1963: 9) como “el habla tal y como brota natural y espontánea en la conversación diaria”. Para una completa delimitación de este registro, cf. V. Gaviño Rodríguez (2008: 18-20).

estudio general de estos elementos (y en particular del elemento *hombre*) es nula o muy parcial, estando limitada en la mayoría de los casos a una presentación estereotipada y desordenada de algunos de sus usos en el discurso. Esta falta de información al respecto provoca entre los profesores una actitud de indefensión que intentan suplir sobre la marcha con ocurrencias más o menos afinadas o explicitando por medio de una extensa descripción los usos y funciones discursivos de este marcador. Esta tarea es, sin duda, ineficaz a la hora de intentar que los alumnos entiendan el funcionamiento de este marcador pues, contrariamente, se consigue mayor confusión al pensar que dicho elemento ‘sirve para todo’.

El objetivo de este estudio no es otro que el de intentar contribuir a un mejor conocimiento del funcionamiento gramatical del marcador discursivo *hombre*, teniendo en cuenta como principio global que la descripción lingüística no puede basarse en la enumeración de valores superficiales u opcionales que se dan en el contexto². Coincidimos, por tanto, con la idea defendida por F. Matte Bon (1997: 5) de que nuestro trabajo “no debe consistir en enumerar efectos expresivos, sino en explicar la esencia de cada mecanismo y

² Esta idea no niega la importancia de aludir en nuestras explicaciones a determinados factores contextuales, como puede ser, por ejemplo, el elemento entonativo o cualquier factor prosódico en general que, en algunas ocasiones, sirva para la materialización de determinados sentidos y la comprensión por parte de nuestros estudiantes del funcionamiento de los fenómenos gramaticales. De lo que se trata, en definitiva, es de no confundir las funciones contextuales de las abstractas y sistemáticas, e intentar llegar a un punto intermedio entre esas dos tendencias –la de la pura abstracción ajena a la realidad comunicativa, y la de la mera descripción contextual que nada sistematiza– tan frecuentes en la descripción gramatical y que por sí solas parecen insuficientes para la explicación de los fenómenos gramaticales discursivos.

cada operador, detallando las características que hacen que sus diferentes usos en contextos específicos sean posibles”.³ Si no operamos en esta línea, es posible que en la delimitación del marcador *hombre* cometamos el error de no incluir características siempre válidas, fijas y permanentes y sí aquellas que están sujetas a las múltiples arbitrariedades con que nos sorprende el contexto.⁴ Se hace necesario, por tanto, deslindar lo superficial, accesorio y secundario de lo abstracto, esencial y primario en la funcionalidad de este marcador.⁵ Sólo de esta manera llegaremos a delimitar los

³ Cf. también F. Matte Bon (1999), donde se propone una serie de principios generales para la conceptualización gramatical y se insiste nuevamente en este y otros problemas relacionados.

⁴ Aludimos al contexto en el sentido coseriano del término (cf. E. Coseriu, 2007: 221-228).

⁵ Conviene quizás en este punto recordar las dos características formales que Aristóteles asigna al saber para que este pueda presentarse como científico, sin querer con ello reabrir el manido debate acerca del cientificismo, sino simplemente intentar conciliar estas reflexiones con el estudio lingüístico. Para Aristóteles (1994: 270-274), el saber científico ha de ser un conocimiento de lo necesario y estar basado en lo universal, pues no puede haber ciencia de lo contingente, ya que su validez está supeditada a lo absoluto. De este modo, con independencia de que un determinado objeto se manifieste de una u otra forma, nosotros como investigadores debemos superar la multiplicidad que se nos ofrece a los sentidos por medio de unos cuantos parámetros que expliquen con veracidad y relativa sencillez el panorama de la multiplicidad, hallando lo común a todo ello y que por lo tanto existe y se da permanentemente. Lo universal, de esta forma, es algo común que se presenta siempre de manera necesaria, y por eso es casi una derivación consecuente de lo que es necesario.

En una línea similar es en la que E. Coseriu también sitúa los conceptos de universalidad y generalidad en relación con la gramática. Para E. Coseriu (1981: 54-56), toda gramática ha de ser, no general, sino universal (conceptual o esencial) en cuanto teoría de conceptos gramaticales y en cuanto modelo de gramática válido para cualquier lengua histórica, sin que ello implique su generalidad empírica: “lo general es el conjunto de caracteres constantes que, teniendo ya el concepto, comprobamos efectivamente en una clase de objetos; caracteres que pueden también no ser indispensables para que los objetos sean lo que son: simplemente se dan en ellos”, mientras que la universalidad es entendida como “el modo necesario de ser de tales y cuales objetos: lo que pertenece al

valores sistemáticos y constantes del marcador *hombre*, con la evidente repercusión que un mejor conocimiento de este marcador conllevaría en ámbitos aplicados como el de la enseñanza del español.

1. En lo referente al marcador del discurso *hombre*, la mayoría de los estudios suelen asignar a este elemento la función específica de captar o atraer la atención del interlocutor, característica que ha servido para su inclusión entre los marcadores de control de contacto (cf. A. Briz, 1998: 224 o J. Portolés, ²2001 [1998]: 145), los enfocadores de la alteridad (según M^a A. Martín Zorraquino y J. Portolés, 1999: 4171) u otras denominaciones como la de marcadores de tipo fácito nominal vocativo (por ejemplo, en M^a J. Boyero, 2002: 237). Esta vinculación no está exenta de problemas, no sólo porque en el núcleo de esta asignación se incluyan posteriormente subvalores que no se corresponden directamente con esta función general sino porque, junto a esta característica, se asignan a este elemento una larga lista de efectos expresivos que parecen estar ligados con exclusividad al contexto de aparición de cada caso concreto.

Si indagamos en las ideas presentadas por algunos trabajos lexicográficos, no parece que los resultados con que nos encontramos sean muy diferentes: el diccionario de la RAE (²¹2001: 1223) no recoge el uso de *hombre* como marcador, aunque hace alusión a su uso como interjección para indicar sorpresa o asombro, o con un matiz conciliador, en ejemplos como *¡Hombre, tú por aquí!*

concepto de un objeto o puede deducirse del concepto, o sea, el conjunto de aquellos caracteres sin los cuales un objeto no sería lo que es” (E. Coseriu, 1981: 54).

Para una revisión de aquellas nociones que nosotros consideramos básicas para la definición de conceptos y el estudio lingüístico, cf. V. Gaviño Rodríguez (2009: 185-189).

y *¡Hombre, no te enfades!* En una línea similar, el diccionario *Clave* reserva una acepción para dar cuenta del uso de *hombre* como “expresión que se usa para indicar extrañeza, sorpresa, admiración o disgusto”. En otros diccionarios, como el de M^a Moliner (1967: 57), se insiste también en el valor de sorpresa (*¡(Pero) hombre!*), aunque también se vinculan a él los valores de duda, incredulidad o vacilación (*¡Hombre, si te empeñas...!*, *Hombre, si tú me lo aseguras...!*), reconocimiento de alguien (*¡(Pero) hombre...!*), sentimiento o disgusto por algo (*¡(Pero) hombre... Qué lástima que no puedas venir!*). Por último, en el diccionario de M. Seco, O. Andrés y G. Ramos (1999: 2503) se distinguen diferentes usos como interjección: a) expresión de afecto y persuasión (*¡Y no te me derrumbes, hombre!*), b) sorpresa o asombro (*¡Hombre! ¡El rey de Roma!*), c) protesta o reproche (*¡Atiende al juego, hombre, atiende a la partida, que luego perdéis y te envenenas contra el pobre Carmelo!*), y d) duda o reserva (*–A lo mejor podríamos llegar a un acuerdo, vamos, digo yo... –Pues, hombre..., todo será cuestión de que nos entendiésemos*).

En el terreno específico de la lexicografía sobre partículas discursivas, llama la atención que hasta el momento el *Diccionario de partículas discursivas del español (DPDE)* no aporte datos con respecto al uso de *hombre*. Sí aparece recogido, sin embargo, en el *Diccionario de partículas* de L. Santos (2003: 410), quien no asigna una función global para *hombre* pero nos habla de seis valores para este elemento, de entre los cuales, los cuatro primeros parecen tener en común su carácter de expresión reactiva; el quinto, la expresión de una actitud y el último ejemplo, un uso vocativo que quedaría fuera de la consideración de esta unidad como marcador discursivo.⁶ Los

⁶ En este caso, estamos ante un uso distinto de *hombre*, como hace bastantes años ya había intuido W. Beinhauer (1963: 29): “el vocativo *hombre* tiene la particularidad de aplicarse en tono familiar incluso a sujetos femeninos de cualquier edad, y su significado originario se ha desvanecido de tal forma, que no sólo se usa para seres humanos, sino en general para toda especie de seres vivos,

valores mostrados por este autor son los siguientes:

1) expresión reactiva fática que indica dubitación o indecisión ante lo aseverado, propuesto o preguntado por el interlocutor:

- ¿Quién juega mejor?
- Hombre, depende un poco de qué entendemos por jugar mejor

2) expresión autorreactiva de rectificación o de reformulación aclarativa:

- [...] y yo no lo haría. Hombre, si del todo no quedaba otro remedio, quizá sí, pero en principio, no lo haría, ya digo

3) expresión reactiva de muestra de disgusto, acompañada o no de reproche, ante lo que el interlocutor acaba de comunicar; en ocasiones puede aparecer reiterada:

- He perdido la bicicleta
- Hombre (/Pero hombre) (, por Dios)

- Me han suspendido en todas
- Pero hombre, pero hombre

4) expresión reactiva de asentimiento evidencial enfático a lo que el interlocutor acaba de decir:

- Goya es un pintor de mucha fuerza

por tanto también para animales”. Sirvan, así pues, estas palabras para dar cuenta de la diferencia fundamental que existe entre *hombre* como interjección y *hombre* como forma apelativa, a la que más recientemente han hecho mención otros autores. Entre ellos, J. Portolés (²2001 [1998]: 72-73) advierte que, en su segundo uso, la palabra conserva alguna posibilidad de flexión y combinación, mientras que en su uso como interjecciones la palabra es invariable (*hombre/*mujer*). Este carácter de invariabilidad es el que confiere su inclusión entre los marcadores del discurso (cf. Martín Zorraquino y Portolés, 1999).

- Hombre (con posible pronunciación ditónica ¡Hóm...bré!)

5) expresión de sorpresa ante un hecho o dicho:

Hombre, si están televisando el partido. Pero, ¿no decían que no lo iban a dar por la tele?

6) vocativo muy usual, de carácter principalmente fático (es el correlato masculino del vocativo mujer):

Hombre, no seas así
No, hombre no: así no harás nada

Pero es en los estudios didácticos orientados a la enseñanza del español donde la tendencia a la enumeración de efectos expresivos se alarga considerablemente con la inclusión de estos y otros nuevos valores que hacen de la gramática una mera descripción contextual de usos concretos. En esta línea, por ejemplo, opera el trabajo de P. Gozalo Gómez y M^a Martín Rodríguez (2008: 5-6) que, apoyados en la idea de que el marcador *hombre* puede expresar las funciones comunicativas más frecuentes de nuestras conversaciones, enumera, entre sus posibilidades expresivas, las siguientes: 1) afirmar, asentir, dar permiso, dar la razón, expresar acuerdo (*Claro, hombre; Pues, claro, hombre; Sí, hombre (sí); (Sí) hombre, claro que sí; Que sí, hombre (que sí); Hombre, por supuesto*), 2) negar, oponerse, contradecir, expresar reserva o reticencia, denegar permiso, rechazar algo (*(No) hombre, (no); Que no, hombre (que no); Hombre, por Dios*), 3) animar, insistir, tranquilizar (*Venga, hombre; Vamos, hombre; Anda, hombre*), 4) explicar, exponer razones (*Pues, hombre*), 5) ganar tiempo para pensar (*Hombre, pues*), 6) expresar sorpresa, decepción, desilusión, desagrado o molestia, lamentarse de algo (*Vaya, hombre*), 7) expresar incredulidad (*Venga, hombre; Anda, hombre*), 8) Manifestar desacuerdo (*Vamos, hombre*), 9) responder a una disculpa (*Nada, hombre*), 10) expresar desprecio (*Toma, hombre*), 11) expresar

desacuerdo parcial, reticencia (*Pero, hombre; Hombre, pero; Hombre, es que*), y 12) regañar, llamar la atención de alguien (*Pero, hombre; Pero hombre por Dios*). Llama la atención que a pesar de proponerse esta lista de funciones, estos mismos autores afirmen que los matices comunicativos señalados provienen, no de *hombre*, sino de aquellos elementos lingüísticos que lo acompañan en el discurso. Es evidente que con tal argumento se está admitiendo que son estos otros elementos, junto a la entonación y, en definitiva, el contexto comunicativo los que dan función comunicativa específica a cada acto de habla y que, en aplicación de estas premisas, ninguno de los valores previamente mencionados tienen un valor sistemático y constante en nuestras interacciones.⁷

2. Parece claro que la función de *hombre* como marcador del discurso no puede ser delimitada de una manera global por medio de la descripción de sus múltiples posibilidades de aparición textual, y no sólo porque con este modo de proceder nunca se cubran todas las potencialidades,⁸ sino además porque una enumeración desordenada y abierta de ciertos usos no puede constituir la explicación última de un determinado fenómeno u objeto de estudio. Se hace necesario, por tanto, una nueva perspectiva que dé cuenta del funcionamiento global de este elemento y que sirva a los estudiantes de español como guía para su uso general,

⁷ Esta tendencia está también presente en otros estudios como el de C. Llamas Salz y C. Martínez Pasamar, así como en algunos manuales de español en los que se plantean actividades de vinculación del marcador *hombre* con determinadas funciones comunicativas en español (indiferencia, asombro, sorpresa, satisfacción, resignación, acuerdo, desacuerdo...) cuya resolución resulta para el alumno imposible, no por su falta de competencia, sino por la falta de conceptualización que opera acerca de dicho elemento. Como ejemplo de este problema, cf., entre otras actividades en manuales, las planteadas en *Planet@ 4* de M. Cerrolaza y otros (2000: 26).

⁸ Esto es así porque –como afirma Coseriu (2007: 103)– “no es fácil imaginar cuántas cosas son posibles, e incluso usuales, en situaciones determinadas”.

independientemente de los valores expresivos añadidos que el contexto pueda aportar en cada caso en función de otros aspectos pragmáticos no sistematizables. La clave para la delimitación del marcador discursivo *hombre* está en intentar subsumir la multiplicidad de valores contextuales que suelen acompañar su descripción por medio de un proceso de selección de aquellas características que son comunes a la pluralidad de contextos, prescindiendo de aquellas que no comparten todos ellos, esto es, aquellas que forman parte de la información contextual de cada acto de habla concreto pero no lo caracterizan en su globalidad. Este procedimiento de análisis no implica, por supuesto, que debamos aspirar a reducir y limitar los valores de *hombre* a una única función, pues aunque nuestra posición en el estudio del marcador está en la misma línea de la planteada por J. Portolés (2001 [1998]: 136), ya que intentamos buscar, hasta donde sea posible, una función unitaria para el marcador y dar cuenta de todos sus usos a partir de él, hay que ser conscientes de que la polifuncionalidad que se observa en sus múltiples y diferentes contextos de aparición demuestran la imposibilidad de dicha empresa en este caso.⁹

Desde esta perspectiva que acabamos de trazar, nuestro estudio del marcador discursivo *hombre* nos conduce a la especificación de dos funciones diferenciadas para este elemento, una de ellas vinculada al nivel textual como marcador introductor de reformulación (que sirve para establecer las relaciones de organización discursiva entre enunciados) y otra en relación con el nivel interactivo como marcador de reacción conversacional (por medio de la cual el enunciador manifiesta su actitud con respecto al enunciado del

⁹ Ni siquiera en todos los casos debemos hablar de un único marcador discursivo *hombre* en español. Como sucede en el análisis de otros elementos, la perspectiva formal y la excesiva atención a la secuencia fonológica nos lleva con frecuencia a catalogar bajo un mismo fenómeno signos léxicos diferentes que coinciden en la mera y escueta expresión, aunque no en el significante (cf., al respecto, R. Trujillo, 1976: 240), obviando el frecuente polifuncionalismo que, como ya se ha demostrado en otras ocasiones, tenemos en muchas de estas partículas.

interlocutor o ante una información contextual), tal y como recogemos en el siguiente cuadro:

| | EJE DE LAS INFORMACIONES | RELACIÓN ENUNCIADOR-ENUNCIADO |
|--------|---|---|
| HOMBRE | Introduce un segundo miembro del discurso con estructura informática (elementos nuevos o no propuestos) que sirve de reformulación de un primer miembro del discurso. | El enunciador controla la reformulación y dirige la inferencia hacia una información unívoca que presenta como equivalente a otra anterior a pesar de que en principio supone una rectificación a lo expuesto en un miembro anterior. |
| | Introduce un miembro del discurso que supone una reacción con respecto a una determinada información contextual previa compartida o no entre los interlocutores. | El enunciador manifiesta una actitud con respecto a una determinada información contextual previa compartida o no entre los interlocutores. |

2.1. *Hombre* como marcador introductor de reformulación. El marcador *hombre* puede ser incluido, a tenor de algunas de sus posibilidades de aparición contextual, entre los marcadores introductores de una reformulación cuando dicho elemento sirve para presentar el miembro del discurso que introduce como una nueva formulación de lo expuesto en un miembro anterior,¹⁰ como se observa en los siguientes enunciados:

Yo lo haría todo; hombre, no todo, pero casi todo

¹⁰ Dicha función se corresponde plenamente con la función presentada por M^a A. Martín Zorraquino y J. Portolés (1999: 4122-4124) para los denominados por estos autores marcadores reformuladores.

Ayer le conté a María toda la verdad, lo de Paqui, lo del niño...
Hombre, no le dije nada de lo nuestro pero eso es que ya lo sabe por ti, así que para qué iba a insistir

La catalogación en estos casos de *hombre* como marcador introductor de reformulación en estos casos no debe ser entendida en términos absolutos como la presencia de una marca intrínseca de reformulación en el marcador, pues está claro que *hombre* por sí mismo no sirve para reformular. Los marcadores discursivos no son unidades que funcionen como configuraciones inmediatas de la realidad extralingüística, sino como meros instrumentos para la formación de operaciones discursivas, de modo que, en línea con esta función instrumental desempeñada por este marcador del discurso, podemos decir que el marcador *hombre* sirve para orientarnos hacia una interpretación de lo que sigue en términos de reformulación. Su presencia nos indica que el enunciador procede a realizar una reformulación de su discurso que, generalmente, viene después de este marcador.

2.2. *Hombre* como marcador conversacional de reacción. En su aparición en interacciones comunicativas, el marcador *hombre* posee un importante papel en cómo presenta las informaciones el enunciador y la manifestación de determinadas actitudes por parte de este en relación con lo dicho o inferido. En esta línea, el marcador discursivo *hombre* es una partícula reactiva que refleja siempre la reacción ante algo implícito o explícito. Su aparición en estos enunciados supone la presencia de un carácter reactivo ante una información previa (compartida o no entre los interlocutores), con la que este elemento se vincula.¹¹ Desde esta perspectiva, quedaría

¹¹ Similar valor le asignan M^a A. Martín Zorraquino y J. Portolés (1999: 4172) al afirmar que esta unidad sirve para vincular el marcador con el miembro del discurso al que remite y comentarlo mostrando la actitud del hablante respecto de este, si bien estos mismos autores adjudican al marcador la capacidad de indicar

patente la relación metaoperacional que establece este marcador en el discurso, sin aludirse en ningún momento a una interpretación de referencia extralingüística (sorpresa, asombro, etc.), pues estos datos son contextuales, variables e informan muy poco del verdadero funcionamiento interno de la lengua. Ejemplos de este tipo de marcadores los tenemos en los siguientes intercambios comunicativos:

A: Vas a venir entonces
B: ¡Hombre, faltaría más!

A: Pedro es muy egoísta siempre
B: Hombre, no sé

En ambos casos contamos con dos intervenciones en las que el enunciador usa el marcador *hombre* para introducir un miembro del discurso que supone una reacción con respecto a una intervención anterior a la que hace referencia y con respecto a la cual muestra además una determinada actitud. Dar un paso más en la interpretación de estos elementos, como por ejemplo, asignar un carácter de confirmación y duda a *hombre*, respectivamente, en

las relaciones (amistosas, corteses, etc.) que establece con el interlocutor el que habla, apreciación que, en la línea de lo comentado previamente, consideramos puramente contextual y no derivada de la presencia de dicho elemento. En palabras de M^a A. Martín Zorraquino y J. Portolés (1999: 4173), la función pragmática fundamental de *hombre* consiste en reforzar la imagen positiva del hablante: "*hombre* imprime un tono amistoso a la conversación; tiñe las relaciones entre los interlocutores de cierta familiaridad o complicidad (incluso si se da el tuteo entre ellos) [...] Con *hombre* el hablante atenúa, en las intervenciones reactivas, la expresión de la disconformidad con lo dicho por el oyente e incluso introduce efectos paliativos para calmar su posible enfado; de modo análogo a como, en las intervenciones iniciativas y reactivas, el que habla atempera, con la partícula, un enunciado directivo para evitar que su actitud exhortativa o imperativa molesten al oyente. Con el marcador se puede provocar también cierto tono festivo, chistoso, alegre, etc., para señalar la sorpresa que algo –una situación o lo dicho por otro– provoca. Normalmente, se trata de una partícula «reactiva»: refleja siempre la reacción ante algo implícito o explícito”.

cada uno de los ejemplos precedentes, nos llevaría a caer en los errores que estamos intentando corregir desde este estudio: la asignación a *hombre* de valores contextuales provenientes de la realidad o derivados del valor ilocutivo presente en los enunciados a los que acompaña, muy variables y que pueden abarcar actitudes o emociones tan diversos como la sorpresa, la alegría, el enfado, el halago, la conformidad... El marcador *hombre* no nos aporta información sobre esas cuestiones. Son los contextos, los valores ilocutivos de lo dicho, acompañados de los efectos de sentido que propician otros factores (como los rasgos fónicos con los que se combina, la posición que ocupa con respecto al enunciado,¹² etc.)¹³ los que nos llevan a esas interpretaciones, pero el marcador, por sí mismo, no apunta a nada de eso, sino que se limita a indicarnos

¹² A pesar de la versatilidad distribucional que presenta esta partícula, no resulta sencillo vincular de manera sistemática una determinada posición en el enunciado con determinados efectos de sentidos. Algunos autores sí lo han hecho, como por ejemplo, M^{ra} A. Martín Zorraquino y J. Portolés (1999: 4174-4175), al afirmar que en posición inicial, *hombre* posee dos efectos de sentido, o atenuar la disconformidad o acompañar una réplica para darle una expresión de alegría, sorpresa festiva, etc., mientras que en posición final, *hombre* se tiñe del valor ilocutivo que presenta el enunciado que lo precede. No obstante, nuestra opinión es diferente, pues con pocos contextos y enunciados analizados, nos damos cuenta de que la cuestión se escapa de una sistematización tan lineal: ni siempre que aparece *hombre* en posición inicial del fragmento del discurso atenuamos o acompañamos una réplica (con - *Juan, vendrás a mi fiesta mañana, ¿no?* - *Hombre, claro que sí voy a ir, ¿cómo iba a faltar a tu fiesta?* se puede intensificar el acuerdo, por ejemplo), ni todos los casos de posición final están revestidos del valor ilocutivo del enunciado al que acompaña. Por otro lado, aún faltan estudios que determinen claramente las diferencias de sentido o alteraciones que con el cambio de posición puedan darse en determinados enunciados: *Faltaría más, hombre!* / *¡Hombre, faltaría más!*

¹³ Estos efectos suelen estar favorecidos en bastantes ocasiones por factores entonacionales que, aunque provocan la aparición más o menos inmediata de uno de estos valores, no deben ser generalizables a todos los casos, tal y como infería el propio W. Beinhauer (1963: 164): "no se puede generalizar, pues en estos casos, como en tantísimos análogos, aún tratándose de la más insignificante partícula, lo que siempre determina el matiz de la entonación es la respectiva situación de cada momento".

cómo se inserta lo que estamos diciendo en el discurso.

La aparición de *hombre* como marcador de reacción conversacional no sólo está motivada cotextualmente por una intervención anterior del interlocutor, como hemos visto en los ejemplos anteriores. En ocasiones, ciertas informaciones contextuales (implícitas o explícitas) pueden, aun sin ser manifestadas lingüísticamente, ser el origen de enunciados reactivos con *hombre*, tal y como sucede en los siguientes ejemplos de intervenciones iniciativas:

Hombre, ¿dónde habré puesto yo las gafas?
Hombre, por fin llegamos
¡Hombre, si está aquí Pedro!
¡Hombre, cuánto tiempo!

en los que no parece que el enunciador aluda a su interlocutor con *hombre* (pues ni tan siquiera es necesaria la presencia de un oyente para la manifestación de dichos enunciados)¹⁴ ni tampoco que tales enunciados supongan una reacción ante lo dicho por el otro: más bien, responden a manifestaciones reactivas del enunciador con respecto a una determinada información contextual determinada, como pueden ser, por ejemplo, la alegría por encontrar un objeto perdido o la sorpresa por volver a ver a un conocido, entre otros aspectos no sistematizados lingüísticamente en tales fórmulas.

¹⁴ Algunos estudios, como el de Martín Zorraquino y J. Portolés (1999: 4173) hacen alusión en este caso a la existencia de un desdoble del hablante en ejemplos similares a los de *Hombre, aquí hay una farmacia de guardia* en el que el hablante reacciona ante una situación que le sorprende. Conviene no olvidar que las unidades que estudiamos pueden aparecer exclusivamente en la participación de un hablante, y no en una interacción comunicativa, sin que ello quiera decir que el monólogo sea un hablar para nadie. Tal y como ya señaló E. Coseriu (2007: 170-171), la alteridad del lenguaje es uno de los rasgos universales del lenguaje y, en este sentido, el destinatario del hablar puede ser efectivamente un sujeto distinto pero también el propio hablante: "También en este caso el lenguaje estará dirigido a otro; en la mayor parte de los monólogos se comprueba, incluso, que uno se dirige a su yo hablándole de *tú*" (E. Coseriu, 2007: 171).

Conviene no confundir ni fusionar el uso en expresiones reactivas del marcador *hombre* con el valor que tradicionalmente se le adjudica a este elemento como enfocador de la alteridad pues, desde nuestra óptica, la apelación al interlocutor por medio de *hombre* no es propia de su uso como marcador del discurso, sino exclusivamente del originario y todavía frecuente uso de este elemento como vocativo en ejemplos como *Venga, hombre, no te enfades, ¡Hombres de poca fe, creedme en todo lo que os digo!*, en los que siempre es posible la variabilidad flexiva del elemento *hombre* (cuyo correlato femenino es el elemento *mujer*). Esta circunstancia no se da en el uso de *hombre* como marcador discursivo: en algunos casos, porque la referencia al oyente queda cubierta por otros elementos discursivos (*Hombre, Pili, ya veremos qué hacemos, no te pongas así*); en otros casos, porque aún sin hacerse patente la referencia al oyente, la verdadera función del elemento *hombre* cuando actúa como marcador no es esa, sino que está en un nivel metaoperacional, de referencia al propio discurso, mostrando, como ya se ha visto, la vinculación del marcador con el miembro del discurso al que este remite (*Hombre, claro que sí, Hombre, no sé yo*, etc.). No estamos negando, eso sí, con estas palabras la posible interpretación del elemento *hombre* como enfocador de la alteridad, ya que dicha posibilidad se da incluso en estos mismos enunciados anteriores. Lo que sí es evidente, en tal caso, es que 1) la función de enfocador de la alteridad es incompatible con la de marcador, al ser en todos los casos aceptable la flexión de *hombre* (*Hombre/mujer, claro que sí, hombre/mujer, no sé yo*), y 2) el sentido de lo enunciado variará en relación con cada una de las interpretaciones (*Hombre, claro que sí*: vocativo, enfocador de la alteridad; *Hombre, claro que sí*: marcador conversacional de reacción ante una información previa). Por ello, pensamos que conviene reservar la etiqueta de 'enfocador de la alteridad' sólo para aquellos casos en los que *hombre* alude al interlocutor, que, como venimos defendiendo, no coinciden con los

usos aquí estudiados de *hombre* como marcador del discurso.¹⁵

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles (1994), *Metafísica*, Introducción, traducción y notas de Tomás Calvo Martínez. Madrid: Gredos.

Beinhauer, W. (1963), *El español coloquial*. Madrid: Gredos.

¹⁵ Aunque en algunos casos pueda parecer más sencillo que en otros dilucidar qué nos quiere decir el hablante con su enunciado, no existe en realidad un mecanismo fijo ni exacto para que nosotros como investigadores podamos saber cuándo el elemento *hombre* hace referencia al oyente o bien aparece como un marcador conversacional de reacción, salvo la interpretación de todo el contexto comunicativo. Esta no es razón para negar la validez de lo propuesto pero sí constituye un inconveniente que se instala en la esfera del investigador para dilucidar cada uno de estos mecanismos en cada enunciado. No podremos afrontar con cierta garantía de éxito el problema de la descripción funcional de los marcadores hasta que no tengamos en cuenta que el cambio lingüístico, que como tal es un mecanismo que experimentan todas las lenguas y que hace que sus elementos muten continuamente, solo opera desde una perspectiva histórica. Esto significa que, desde un punto de vista diacrónico, un signo que en niveles anteriores posee un determinado significado léxico, puede, por medio de una realización normativa, instrumentalizarse y gramaticalizarse. En palabras de Dietrich (1973: 578), todo signo lingüístico puede pasar del nivel de las unidades léxicas al de las gramaticales, esto es, llegar a ser distintivo desde la perspectiva instrumental y, con ello, gramatical. Ahora bien, esa evolución y proceso de cambio no es útil para la descripción de estos u otros operadores lingüísticos en un sistema lingüístico concreto. Desde una perspectiva sincrónica, lo que nos encontramos son dos posibilidades sistemáticas excluyentes: bien la aparición de una nueva función gramatical, bien la aparición de su significado inicial. Sostener la existencia de procesos intermedios en la descripción de un elemento concreto solo evidencia nuestra falta de capacidad de análisis ante determinado contexto para descubrir la verdad de lo observado, si bien es cierto que no siempre es fácil saber determinar cuándo un elemento ha dado o no el paso de abandonar su significado léxico y desempeñar una nueva función gramatical.

Boyero, M^a J. (2002), *Los marcadores conversacionales que intervienen en el desarrollo del diálogo*. Salamanca: Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Briz, A. (1998), *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatología*. Barcelona: Ariel.

Cerrolaza, M., Ó. Cerrolaza Llovet, B. (2000), *Planet@ 4*. Madrid: Edelsa.

Clave: *Diccionario Clave*
<http://clave.librosvivos.net/>

Coseriu, E. (1981), "El antipositivismo". En *Lecciones de lingüística general*, Madrid: Gredos, 52-73.

Coseriu, E. (2007): *Lingüística del texto. Introducción a la hermenéutica del sentido*, Edición, anotación y estudio previo de Óscar Loureda Lamas. Madrid: Arco Libros.

DPDE: *Diccionario de partículas discursivas del español*, Dirigido por A. Briz. Versión online en:
<http://www.dpde.es/>

Gaviño Rodríguez, V. (2008), *Español coloquial. Pragmática de lo cotidiano*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Gaviño Rodríguez, V. (2009), "Delimitación de conceptos lingüísticos. Definición y descripción de la finalidad", *Energieia: Online-Zeitschrift für Sprachwissenschaft und Sprachphilosophie und Sprachwissenschaftsgeschichte*, 1: 81-96: www.energeia-online.de.

Gozalo Gómez, P. y M^a Martín Rodríguez (2008), "El marcador discursivo *hombre* y su tratamiento en el aula de E/LE", *RedEle*, 14:

<http://www.mepsyd.es/redele/Revista14/EI%20marcador%20discursivo%20hombre.pdf>

Llamas Saíz, C. y C. Martínez Pasamar (2007), "*Hombre, enseñar español no es tan fácil*". La enseñanza del enfocador de alteridad *hombre*". En E. Balsameda Maestu (coord.) *Las destrezas orales en la enseñanza del español L2-LE: XVII Congreso Internacional de la Asociación del Español como lengua extranjera (ASELE)*, Vol. 2. Logroño, 27-30 de septiembre de 2006, Universidad de La Rioja, 749-763.

Martín Zorraquino, M^a A. y J. Portolés Lázaro (1999), "Los marcadores del discurso". En Bosque, I y V. Demonte (dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española. 3. Entre la oración y el discurso. Morfología*. Madrid: Espasa Calpe, 4051-4213.

Matte Bon, F. (1997), "Criterios para el análisis de la lengua desde la perspectiva de la comunicación". En *Curso de Lengua Española III de la Carrera de Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya, (publicación interna).

Matte Bon, F. (1999), "¿Cómo debe ser una gramática que aspire a generar autonomía y adquisición?". En Losada Aldrey, M^a C., J. F. Márquez Caneda y T. E. Jiménez Juliá (coords.), *Español como lengua extranjera, enfoque comunicativo y gramática. Actas del IX congreso internacional de ASELE*, Santiago de Compostela, 23-26 de septiembre de 1998. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 57-79.

Moliner, M^a. (1967), *Diccionario de uso del español*, Tomo II. Madrid: Gredos.

Portolés, J. (2001 [1998]), *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.

RAE (2001), *Diccionario de la lengua española*, Tomo II. Madrid:

Espasa-Calpe.

Santos Río, L. (2003): *Diccionario de partículas*. Salamanca: Luso-Española de Ediciones.

Seco, M., Andrés, O., Ramos, G. (1999), *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar.

Trujillo, R. (1976), "Sobre la llamada polisemia", *Elementos de semántica lingüística*. Madrid: Cátedra, 236-249.

FECHA DE ENVÍO: 17 DE FEBRERO DE 2011